

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y süave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano
y cifa su sien con ella.

A FELISA

EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol des enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
jay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en ese instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasa la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que, por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,

sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas,
al son del arpa importuna,
oir amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas,
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen, acordados,
á otras hermosuras, celos,
y á otros galanes, cuidados.

Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensáis que, halagüeños,
os dan, cantando, placeres,
esos dulcísimos seres
con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
Y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo es que libre de azores
trate, Felisa, de amores,
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión,
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcón
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aun hay canciones gustosas,
con que á las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algún pecho que gimiendo
esté, Felisa, por ti.

Y unos sonos muy callados
oirás cruzar por los cielos,
sin que causen, acordados,
ni á otras hermosuras, celos,
ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
en grata ilusión tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

TU RISA

Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura ligera,
tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
por la serena frente,
ya desaparezca esquiva,
ya torne de repente,
ya en fantástico vuelo
vague, en torno girando,
ya dando tregua al duelo,
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
luego que haya tocado,
ya el labio colorado,
ya la mejilla hermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosia,
venga á caer amante
en lo más hondo, al fin, del alma mía.

EL ARROYO

Arroyo sosegado,
que al resbalar so la enramada bella,
murmuras acordado,
rico de espejos, si de aromas ella,
en vagos resplandores
confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer cuando naciste,
eras pequeño manantial sin brío,
después arroyo fuiste;
luego serás en la floresta río,
y más allá corriente
que el mar arrostrés con soberbia frente.

Apresurado llega,
al par de las clarísimas cascadas,
á la cercana vega,
que á su placer descienden reclinadas
con brillante decoro
en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue, que á tu lado
gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
y de mí acompañado
hasta el valle serás, aunque apresures
tu cristalina marcha
con frente de ovas y con pies de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
iremos, tú placeres murmurando,
yo pesares gimiendo;
y nuestras voces á la par alzando,
serán tus alegrías
rémora acaso de las penas mías.

Cuéntame do luciente
bordaste de tu linfa cristalina
el manto transparente
de tanta perla y esmeralda fina,
y con belleza suma
de dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
al pie de un sauce ó de elevado pino;
los prados que cruzaste;
cuántos mármoles viste en tu camino;
las flores que bañaron
tus frescas aguas, y á su humor brotaron.

Dime las dulces aves
que de los olmos de tu blanda orilla
te cantaron siaves,
y las sierpes que al verte sin mancilla
vertieron su veneno
para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas
tus claras urnas ilustrando viste
sin inútiles galas;
y cuéntame los sueños que infundiste
al oír los pastores
el dulcísimo son de tus rumores.

Que yo te iré contando
mis cortos bienes y mis luengos males.
—Mas ¡la vega mirando,
presuroso despeñas tus cristales
y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

—¡Qué hermosa está la vega
cuando, bañada de feraz rocío,
fructífero la riega
el ámbar celestial de tanto río,
sobre su nácar blando
la clara luz del sol reverberando!

Las aguas transparentes,
formando al oscilar claros espejos,
los delgados ambientes
arrebolan de mágicos reflejos,
que ya azules, ya rojos,
embelesan extáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
tan hinchidas de honor como abundantes,
corrientes sonoras,
que pagando tributos en diamantes,
camináis sosegadas,
de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
con las aguas medréis de las praderas,
que, al ver tanta hermosura,
espantada abandone sus riberas,
y ceda á vuestro brío,
reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,
con dulces y suavísimos rumores,
poblando los ambientes
de reflejos y débiles vapores,
que, como frágil velo,
los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares
que llevéis estas lágrimas os pido,
fruto de mis pesares
y último resto de mi afán perdido,
si acaso por ser mías
no las desdeñan vuestras ondas frías.

MI HARÉN EN ANDALUCÍA

Del alba la luz temprana
turbados mis ojos ven,
¿y aun á estas horas, sultana,
desierto tienes mi harén?

¿De cuándo acá, vida mía,
á desterrar mis enojos
viene antes la luz del día
que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
y ven, sultana, á mi lecho,
con la sonrisa en los labios
y la ternura en el pecho.

Ven, que ya libre de penas,
te ofrezco en amante lazo
amor en vez de cadenas,
y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
aspiren con tierno afán
estos suspiros del alma
que á ti de su centro van.

Y para darte más gloria,
tristes verdades mintiendo,
voy á contarte una historia
que anoche forjé durmiendo:

—«Era una hermosa sultana
de talle esbelto y galán,
que ha cautivado inhumana,
siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentía
por su cautiverio enojos,
porque la ingrata tenía
la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
pagaba al amante fiel,
nunca el rigor de su estrella
maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,
después de amantes reveses,
es conjurar al estío
que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
tan mal el amor nos paga,
que está en más el agresor
que hace más honda la llaga.

En la memoria grabando
el cuento ve, que es tan cierto,
como el que forja soñando
lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán
y exenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella
á sus ventanas el día,
y con los suyos la bella
jamás sus labios ungía.

Y eso que el triste en su agravio,
por más que su fe te asombre,
sólo secaba su labio
mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
no acuden á darle holganza
esos fantasmas risueños,
frutos de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
cultiva locos amores,
como un erial, cuya arena
ni cría césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada
junta soñando á su pecho,
y al despertar, olvidada
ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán
y exenta así la sultana.»—

Mas, vive Dios, que en mi gloria,
loco de amores creía
que oyendo estaba la historia,
ebria de gozo la mía.

Creyendo verla soñando,
mis cuítas de amor la cuento,
y por Alá que estoy dando
satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,
si acaso está en los jardines,
pues ya escucho á su ventana
trinando los colorines.

Decidla que de pasada
van, en conciertos suaves,
echándole la alborada
hacia la selva, las aves.

Ven á quien triste delira,
sultana, y verte desea;
que aquí mi pecho suspira,
si allá el ruiñeñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
formando en tu ausencia quejas,
los ramilletes de flores
que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
los rayos matutinales,
¿á qué te alejas, teniendo
tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
cosa que alegre tu afán,
cómo las luces se vienen,
cómo las sombras se van.

Las plácidas flores mira
cual mueve el aura insegura
que entre las peñas suspira
y entre las ramas murmura.

Y en su correr transparentes,
y en su revolar suaves,
cantando al son de las fuentes,
poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
rico de galas el suelo,
de algas y conchas el río,
luz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores
hoy á tus pies reverentes
cautivos, árboles, flores,
céfiros, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
de las palmas;
¿cuándo estarán así unidas
nuestras almas!
Y cómo alegres en ellas
las cautivas
se están meciendo, tan bellas
como esquivas.

Van del ambiente las alas
regalando,
de extremo á extremo sus galas
columpiando;
y aunque oyen de sus cadenas
el estruendo,
están al menos sus penas
adurmiendo.

Flotando en muelles arranques
van las plumas,
como en rizados estanques
las espumas.
Templa del aire el arrullo
sus congojas,
si las inquieta el murmullo
de las hojas.

Y van por las auras vagas
en su vuelo,

como pudieran las magas
por el cielo:
ó como allá en la alta noche
placentera
rueda la luna en su coche
por la esfera.

Sultana, ve á columpiarte
voluptuosa;
no haya moro que al mirarte
tan hermosa,
no trueque en grata blandura
su braveza,
y no incline con mesura
la cabeza.

Y forma con las cautivas
tiernos lazos,
puesto que el columpio esquivas
de mis brazos;
tú que en pureza acrisolas
los azäres,
serás el cisne en las olas
de los mares.

Y cual el pájaro amante
que su nido
sobre la rama ondulante
ve mecido,
te miraré, ya marchando,
ya viniendo,
ora si vas, sollozando;
ora si vuelves, gimiendo.

Mas deja el columpio erguido
y ese brillante arrebol,
que ya en el cenit tendido
tus ojos ofende el sol.

Ven á mi harén apiadada,
donde te aguarda esplendente,
con profusión derramada,
toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando
del prado la verde alfombra,
y, el vulgo de aves sonando,
entre las palmas la sombra.

MI HARÉN EN ANDALUCÍA



Y cual el pájaro amante
que su nido
sobre la rama ondulante
ve mecido,

te miraré, ya marchando
ya viniendo,
ora si vas, sollozando:
ora si vienes, gimiendo.

La mar apenas murmura,
y alzan muy débil acento
las aguas en la llanura
y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
los cisnes, con pompa suma,
cruzan las aguas del río
durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido,
del sol esquiva las llamas,
y entre las hojas dormido
no agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
que cría el valle más puras,
y plumas de mil colores,
como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte
para templar tus enojos,
pues que rehusas mirarte
en el cristal de mis ojos.

También historias galanas
te contaré en mis afanes,
donde hay ingratas sultanas
y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
si á tal primor no te asombras,
corales sobre tu cuello,
bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
habrán de adormir tus penas,
las aves desde los prados,
desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
mitigarán tus dolores,
las auras en las ventanas,
en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
te ofrecerán con anhelo,
los aires plumas y sonos,
galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
dándote estén lisonjeros,
perfumes los pebeteros
y música mis suspiros,

agitarán con sus alas
en torno de ti los vientos
músicas, plumas y cuentos,
flores, perfumes y galas.

UN NO SÉ QUÉ

A. C.

Tu dulce rostro, mi bien,
fuera mi dulce consuelo
si algunas veces también
no lo empañara el desdén,
como las nubes el cielo.

Depón tu ceño piadosa,
y el puerto consolador
sé de mi esperanza hermosa:
que el aura es poco amorosa
cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,
dudo si mi pecho adora
la blanca tez soberana
ó dudo si me enamora
de tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;
lumbre tus ojos fulguran;
tus acentos me enajenan,
que como el aura murmuran,
y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡pese á mi esperanza loca!)
muestra diamantes tu cuello,
flores y aroma el cabello,
perlas y néctar tu boca.

Y de la frente á la planta
sé que encantas, pero á fe
que al mirar delicia tanta,
cuando todo en ti me encanta,
lo que me encanta NO SÉ.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
cual los tuyos halagüeños,
dulces, lánguidos, hermosos,
como la luz amorosos
y como el alba risueños,

jamás al verlos deliro,
por más que plácidos giran;
y cuando los tuyos miro,
más tiernamente suspiro,
cuanto más tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
tiene para mi tormento,
UN NO SÉ QUÉ celestial,
tan extraño como el mal
que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
con que en vaga incertidumbre
sueña el alma noche y día;
es para el labio ambrosía
y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
que al mirarlo á su despecho,
entre amorosas holganzas,
el labio suelta alabanzas
y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
por tu faz encantadora
tan sutilísima y grata,
que todas las risas mata,
como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve
tus labios apenas toca;
y en vuelo rápido mueve,
ya de tu frente la nieve,
ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
mueve las flores sencillas,
ella así rápidamente
los labios mueve y la frente,
párpados, tez y mejillas.